



El Arzobispo  
de Santiago de Compostela

## Carta Pastoral en la Jornada “Por Orantibus” 2008

Queridos Miembros de Vida contemplativa:

Me alegra haceros llegar esta carta en el Jornada de la Vida Consagrada Contemplativa que tiene como lema: **La Palabra en el silencio**. La idea está en sintonía con la temática del Sínodo de Obispos que se celebrará en el próximo mes de octubre y en el que se reflexionará sobre *la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia*, pues “es tan grande el poder y la fuerza de la Palabra de Dios, que constituye sustento y vigor de la Iglesia, firmeza de fe para sus hijos, alimento del alma, fuente límpida y perenne de vida espiritual. Por eso se aplican a la Escritura de modo especial aquellas palabras: *La palabra de Dios es viva y enérgica para edificar y dar la herencia a todos los consagrados*”<sup>1</sup>. La Palabra es un lugar privilegiado de encuentro con Dios, razón y contenido de nuestra misión. En este sentido se recomienda “insistentemente a todos los fieles, especialmente a los religiosos, la lectura asidua de las Escrituras para que adquirieran la ciencia suprema de Jesucristo (Flp 3,8), pues ‘desconocer la Escritura es desconocer a Cristo’”<sup>2</sup>.

### La Iglesia y la Palabra de Dios

El Concilio Vaticano II no sólo quiso recuperar el lugar central de las Escrituras en la vida de la Iglesia, sino que subraya la relación entre la Iglesia y la Palabra de Dios. Por su naturaleza misma, la Iglesia, *esposa de la Palabra hecha carne*, siempre intenta comprender con mayor profundidad la Sagrada Escritura para alimentar a sus hijos con ella<sup>3</sup>. En consecuencia, advierte que los fieles han de tener acceso a la Sagrada Escritura<sup>4</sup> para que lleguen a un conocimiento más profundo de Cristo<sup>5</sup>.

Después del Concilio, los documentos de la Iglesia han reiterado el derecho de “todos los fieles” a la Palabra de Dios y la necesidad de que sean constantemente iluminados por ella puesto que “la Iglesia se edifica y va creciendo por la audición de la palabra de Dios”<sup>6</sup>. Por ello, no puede vivir sin esta palabra escrita y, sobre todo, sin esta palabra celebrada en la liturgia, pues “nunca olvidemos que cuando se leen en la Iglesia las Escrituras, Dios mismo habla a su pueblo y Cristo, presente en su palabra, anuncia el Evangelio”<sup>7</sup>.

---

<sup>1</sup> Concilio Vaticano II, *Constitución “Dei Verbum”*, nº 21.

<sup>2</sup> *Ibid.*, nº 25.

<sup>3</sup> *Ibid.*, nº 23.

<sup>4</sup> *Ibid.*, nº 22.

<sup>5</sup> *Ibid.*, nº 25.

<sup>6</sup> *Ordenación general de la liturgia de las horas*, nº 7.

<sup>7</sup> BENEDICTO XVI, *Sacramentum Caritatis*, Nº 45.



El Arzobispo  
de Santiago de Compostela

Dios, que a lo largo del tiempo se fue revelando “en obras y palabras intrínsecamente ligadas”<sup>8</sup> y que “ofrece a los hombres en la creación un testimonio perenne de sí mismo”<sup>9</sup>, “en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo” (Heb. 1,1-2). Jesucristo es “la Palabra de Dios por excelencia, la última y definitiva, el Evangelio de Dios para el hombre”<sup>10</sup>. “La verdadera originalidad del Nuevo Testamento no consiste en nuevas ideas, sino en la figura misma de Cristo, *que da carne y sangre a los conceptos: un realismo inaudito*”<sup>11</sup>.

La Constitución dogmática sobre la Divina Revelación llama la atención sobre el hecho de que tanto la Palabra Encarnada como la Sagrada Escritura, “Palabra de Dios en palabras humanas”, vienen a manifestar la misma condescendencia divina. En efecto, por la Palabra de Dios nos acercamos al misterio de quien en ella quiso revelarse, a Aquel que es misterio insondable de bondad y sabiduría, de santidad y de gracia, de justicia y de amor. En ella, Dios nos manifiesta su divina voluntad, sus caminos, sus leyes, sus justos mandamientos y nos da a conocer, las obras que ha realizado a favor de su pueblo, las promesas con que lo consuela, la misericordia con que lo rodea. Esta Palabra, don de Dios para nosotros, es signo de amor a su pueblo y de cercanía a la vida del hombre.

### **La escucha de Dios en la vida contemplativa**

Si bien es evidente que la Palabra de Dios ha sido confiada a todos los cristianos, convertidos en pueblo de Dios por el Espíritu Santo, no todos tienen el mismo carisma para proclamarla, ni es única la modalidad para acogerla. No es idéntica la misión profética del sacerdote, del consagrado y del laico, pues se trata de vocaciones esencialmente diferentes.

En esta perspectiva, con ocasión del Día de cabe resaltar como la Vida Consagrada Contemplativa centra la organización de su vida en la bienaventuranza de Jesús: “*Dichosos los que oyen la Palabra de Dios y la guardan*” (Lc 11, 28) y puede decirse de ella, parafraseando unas palabras del Papa dirigidas a los seminaristas de Roma, que “implica un cierto “desierto” en el que el Señor pueda hablar al corazón (cf Os 2, 16). Y es que su voz no es ruidosa, sino delicada: es voz del silencio (cf 1 R 19, 12). Para ser escuchada requiere, por lo tanto, un clima de silencio. Por eso ofrece [la Vida Contemplativa] espacios y tiempos de oración diaria y cuida con esmero la

---

<sup>8</sup> Constitución “*Dei Verbum*”, n° 2.

<sup>9</sup> *Ibid.*, n° 3.

<sup>10</sup> *La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia, Lineamenta*, Ciudad del Vaticano 2007, n° 10.

<sup>11</sup> BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, n° 12.



El Arzobispo  
de Santiago de Compostela

liturgia, la meditación de la Palabra de Dios y la Adoración Eucarística”<sup>12</sup>. Este “silencio creyente”, del que hablamos, se entiende como disponibilidad del ser para el encuentro con Dios, encuentro que tiene lugar en el espacio interior. El silencio creyente se hace para escuchar la palabra de Dios, para percibir “en el jardín” el paso del amado, para sentir el rumor del espíritu, para oírlo cuando calla y para hallarlo cuando se ausenta.

### **María, referente para acoger la Palabra**

De manera especial nos fijamos en María, la Madre de Jesús, de la que el evangelista dice que guardaba cuidadosamente en su corazón palabras y gestos de su hijo. “Ella enseña a no permanecer como espectadores de una Palabra de vida, sino a transformarse en participantes, dejándose conducir por el Espíritu Santo que habita en el creyente”<sup>13</sup>. Bien podemos llamarla la Virgen del silencio creyente, pues ella es pura disponibilidad del ser para acoger la palabra de Dios. La que dijo “hágase”, nos enseña el silencio para cumplir lo que nos dice el Señor. El silencio busca la palabra para cumplirla: “Dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica”. María acogió la Palabra de Dios con la actitud de fe de quien se deja conducir por el Espíritu, con la sencillez de quien se deja enseñar y no se basta a si mismo, con la gratuidad de quien no se busca a si mismo sino a Cristo y se deja transformar por Él, y con la constancia de quien sabe que debe recurrir asiduamente a ella ya sea en el desierto, en el Tabor o en la cruz.

Al celebrar el Día de la Vida Consagrada Contemplativa, os invito, queridos diocesanos, a escuchar atentamente la Palabra de Dios (cf. Lc 10, 39), a darle gracias por las comunidades contemplativas de nuestra diócesis, y a pedir que vele sobre ellas, manifestándoles nuestro afecto, cercanía y ayuda. Pongamos bajo el maternal cuidado de María, madre y maestra de la Iglesia, a nuestras hermanas y hermanos contemplativos. A su oración encomiendo los frutos de la Asamblea Diocesana.

Con todo afecto os saluda y bendice en el Señor,

+Julián Barrio Barrio,  
Arzobispo de Santiago de Compostela

---

<sup>12</sup> BENEDICTO XVI, *Homilía de Benedicto XVI en el Seminario Romano, 1-2-2008*.

<sup>13</sup> *La Palabra de Dios...*, nº 12.